

DIVERSA



Investigar en la cárcel: sentires alrededor de intentos de cierre

Making research in prison: feelings around my attempts to close

Chloé Constant

Empecé a realizar investigaciones en prisiones en 2007 y desde entonces he tenido varios intentos de cierre con la cárcel. Inspirada por el método autoetnográfico, comparto aquí una escritura íntima que da cuenta de procesos de investigación, emociones, experiencias, cuestionamientos, idas y vueltas de mi vida alrededor de la cárcel. De todos mis intentos de cierre, a la fecha, ninguno ha sido concluyente. De Lima a México, de la maestría a mis investigaciones actuales, este artículo sigue un hilo cronológico en el que se encuentran entrelazadas experiencias, emociones y reflexiones metodológicas sobre el tiempo en la investigación y los retos que implicó la pandemia sanitaria.

Palabras clave: cárcel, experiencia, emociones, corporalidad, investigación.

I began my research in prisons in 2007 and, since then, I tried several times to close this door. Inspired by auto ethnography method, I share an intimate way of writing that gives an account on investigation processes, emotions, experiences, questionings about my life around prison. Within all my attempts to close, until today, none has been conclusive. From Lima to Mexico City, from my Master to my actual research, this paper follows a chronological line and crosses experiences, emotions and considerations on time in investigation and the challenges that the pandemic situation implies.

Key words: prison, experience, emotions, embodiment, research.

Fecha de recepción: 19 de julio de 2021

Fecha de dictamen: 20 de julio de 2021

Fecha de aprobación: 26 de agosto de 2021

INTRODUCCIÓN¹

Empecé a realizar investigaciones en prisiones en 2007 y hoy escribo inspirada por la autoetnografía, porque como también vivió Norman Denzin (2013), he tenido varios encuentros afectivos y algunos déjà-vu que me han llevado por caminos reflexivos que giran alrededor de mi trabajo en cárceles de Perú y México, y de mis intentos por cerrar con el trabajo etnográfico en esos espacios. Y por muchos motivos más que, quizás, algún otro día escribiré y compartiré.

Escribir en primera persona y compartir mi experiencia de mujer, investigadora, etnógrafa, también forma parte de mi compromiso académico feminista: nuestras vidas no son o personales o académicas o políticas, son todas estas a la vez. Desafortunadamente, la academia insiste en enseñarnos lo contrario, busca inculcarnos la objetividad científica, la neutralidad axiológica weberiana y, en este sentido, pretendió que, como investigadora, tenía que “deshacerme de mis emociones” (Villani *et al.*, 2014). Una perspectiva sumamente androcentrista del quehacer científico, que aún reina en las instituciones de educación superior, al menos que una integre un programa de estudios con perspectiva feminista. Pero no fue mi caso, hasta entrar al posdoctorado en la línea de investigación Mujer, Identidad y Poder de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Nunca en las aulas de las universidades que frecuenté se me había dejado entender que lo que pasaba en paralelo del campo, lo que pudiese desatar el campo, pudiera ser objeto de reflexiones analíticas; nunca se me advirtió que el trabajo etnográfico podía despertar en mí mucha satisfacción, pero también malestares, cansancios, depresión. A la universidad le interesaban los resultados de nuestras investigaciones, no nuestros procesos personales vinculados con las mismas. De eso me di cuenta alguna noche, en Lima, mientras platicaba con Doris Buu-Sao, otra doctoranda del Instituto Francés de Estudios Andinos que nos albergaba en aquel entonces. Recién había salido una mujer de la cárcel a la que yo iba regularmente, y se había ido a vivir a mi casa. Mi sujeta de estudio estaba en mi propio espacio de vida y nuestra relación cambiaba drásticamente. Doris me sugirió escribir sobre ello; he tardado mucho tiempo, pero siempre tuve presentes sus palabras.

¹ Este texto encuentra su origen en una ponencia presentada durante el “II Coloquio Internacional Experiencias, Cuerpos y Corporalidades en espacios de encierro. Subjetividades y Emociones”, que tuvo lugar del 9 al 11 de noviembre de 2020. Agradezco a Berenice Pérez, Nuria Ramírez y Pablo Hoyos por su complicidad y acuerpamiento.

Muchos años después, en la Ciudad de México, organicé un encuentro sobre experiencias y corporalidades en cárceles; como bien dijo Susana Vargas² aquel día, pensaba que estaba sola y ese día me di cuenta que no era así. Formamos un grupo informal en el que varias personas que trabajábamos en cárceles intercambiábamos sobre nuestros sentires, e hicimos algunos intentos de escritura autoetnográfica sin más pretensión que desahogarnos, compartirnos, apapacharnos. El grupo duró poco, pero de él quedaron entrañables amistades, nacidas alrededor de la prisión y de nuestros sentires. Y me quedó también la gana de seguir escribiendo sobre lo que nos había reunido, sobre mi experiencia de investigadora en cárceles, sobre mis sentires y mis emociones al respecto.

Así, en cierta medida, este texto busca cuestionar las metodologías científicas androcéntricas, reafirmar que la experiencia en el campo es encarnada, que este mismo campo nos lleva a vivencias, emociones y reflexiones inesperadas, y finalmente busca, de alguna manera, aportar a los testimonios que muestran una ruptura del paradigma objeto/sujeto en la investigación.

En relación con la autoetnografía, Mercedes Blanco sostiene que “una vida individual puede dar cuenta de los contextos en los que vive la persona en cuestión” (2012:170), y espero, con las líneas que siguen, lograr este cometido. Asimismo, esta autora indica que la autoetnografía da “cabida tanto a los relatos personales y autobiográficos como a las experiencias del etnógrafo como investigador [...] *situados en un contexto social y cultural*”³ (2012:172), reiterando así uno de los principios de la autoetnografía que ya había sido enunciado por varixs otrxs autorxs (Ellis, 2004; Neumann, 1996; entre otrxs). En este sentido, estoy convencida de que los intentos de cierre con la cárcel que compartiré a continuación están vinculados con los contextos de mis investigaciones.

Mi primer trabajo de campo en cárceles fue con mujeres, en Lima; muchas eran jóvenes extranjeras presas por tráfico de droga cuya edad, origen geográfico y cultural eran similares a los míos (Constant, 2011, 2013). Soy francesa, blanca y, en aquel entonces, tenía 24 años. Verme de alguna manera reflejada en esas mujeres no fue sencillo ni ligero. Paralelamente, escuchar los relatos de las que habían crecido en Lima desarrollando estrategias de supervivencia, que no habían tenido acceso a la educación y eran altamente precarizadas, me hacía darme cuenta cada vez más del privilegio de haber crecido en una familia de clase media y en un país que me

² Susana Vargas es una escritora e investigadora dedicada a temas de género, sexualidad, clase y pigmentocracia. Algunos de sus trabajos se enfocan sobre las representaciones de personas que cometen delito (Martínez-Zalce *et al.*, 2011; Vargas, 2019).

³ Subrayado mío.

había brindado educación y salud gratuitas. Así, la prisión “te come”, como dicen algunas internas, y pues a mí me comía demasiada energía. Acabé la maestría, luego el doctorado, y traté de realizar un cierre. Un año después, empecé a trabajar sobre violencia de género con mujeres trans* recluidas en un penal de varones, en el marco del posdoctorado (Constant, 2018a). Escuchar los relatos y las experiencias de estas mujeres influía definitivamente en mi manera de moverme en el mundo, en un país y una ciudad donde la violencia de género nos aqueja en todo momento y todos los lugares. Además, ingresar a un reclusorio varonil mexicano como mujer, joven, blanca y extranjera implicaba varias violencias (Constant, 2018b; Constant, en curso). También quise cerrar, pero no lo hice. Empecé a interesarme por las mujeres trans* liberadas de algún reclusorio y sus trayectorias poscarcelarias (Constant, 2022). Volvía el tema de la violencia de género, volvía la cárcel, volvían mis malestares y otra vez intenté cerrar. Surgió la pandemia sanitaria por la covid-19 y el intento de cierre resultó ser una apertura hacia un trabajo con hombres liberados; ello conlleva sus propios retos, los cuales estoy enfrentando hoy. ¿Será que alguna vez cerraré? ¿Es deseable?

Este artículo sigue las líneas temporales de las etapas de investigación que acabo de mencionar. Escribiendo de “una forma que escuche el corazón” (Denzin, 2013:213), comparto mis etapas de investigación e intentos de cierre con la cárcel, a la par de algunos breves análisis sobre el tiempo, la influencia de la pandemia sanitaria en mi trayectoria de investigación y la idea de cierre. Todo ello con el objetivo de compartir mis experiencias de investigadora, considerando que son indicadores de cierta realidad, como diría Harding (2002).

PRIMER INTENTO

Entré por primera vez a una cárcel algún domingo de septiembre de 2007. Era en el penal Santa Mónica, en Lima, Perú. Aquella vez fui a visitar a Pilar junto con su hermana. Un par de semanas después, ingresaba al mismo penal como investigadora. Pronto, las voces de las mujeres y varias imágenes y sonidos de esta cárcel: los talleres de trabajo, la ropa que secaba fuera de las diminutas ventanas de las celdas, los ruidos de las rejas, entre otros, ocuparon mis noches, despierta y dormida. Era valiente, me decía mi compañero. Yo no me sentía valiente. Sentía que iba a hacer lo que me había planteado para la tesis de maestría y nada más. Mi objetivo era conocer las trayectorias de vida de estas mujeres. Aquel año, estuve en esta prisión cuatro días por semana, de día y hasta de noche, durante tres meses.

Desde entonces, y desde hace mucho tiempo, perdí la cuenta del número de veces que entré a esta cárcel como investigadora, como visitante y como amiga.

Cada miércoles, revestía mi uniforme de visitante: una falda sin forro, ni demasiado corta ni demasiado larga, unos zapatos sin cordones, suéteres sin capucha, con ropa que no fuera negra, un sostén (obligatorio) y con unas simples bolsas de plástico de supermercado por toda compañía. Me formaba en la fila para entrar y la espera podía durar hasta dos horas (Fotografía 1). Una vez adentro, pasaba dos filas más, una para el control de identidad y otra para el control corporal. Luego, al fin, me reunía con las mujeres a las que iba a visitar. Compartíamos comidas, cafés, muchas pláticas, risas y llantos, alrededor de mesas y sillas de plástico que querían darnos la ilusión de un jardín. Estábamos en el patio principal del penal. Las filas para salir eran igualmente numerosas, largas y pesadas. En al menos cuatro puntos, controlaban los sellos que habían dejado en nuestros antebrazos para asegurarse de que no salía quien no debía salir (Fotografía 2). Una vez, una custodia me agarró violentamente el brazo, pensando que yo era una interna que intentaba escaparse.

A la tesis de maestría siguió la tesis doctoral y seguía yendo al penal de mujeres. Finalmente, acabé el trabajo de campo, sin embargo, seguía visitando regularmente

FOTOGRAFÍA 1

La fila de visita afuera del penal Santa Mónica en Lima



Fuente: archivo personal.

FOTOGRAFÍA 2

Mis antebrazos de visitante

Fuente: archivo personal.

a quienes se habían vuelto mis amigas. Recuerdo con particular cariño a tres mujeres, una holandesa, una francesa y una australiana; la celebración de sus cumpleaños con ensaladas de fruta de las que me habían hecho quitar los trozos de piña en la entrada, porque podían fermentar y usarse para preparar bebidas alcohólicas; sus llamadas semanales encargándome un viaje al supermercado para llevarles enjuague bucal, cremas corporales, hierbas medicinales y cigarros; los libros que les llevaba de parte de mi compañerx de cuarto; sus regalos múltiples: posavasos, aretes, retratos dibujados, bufandas tejidas, gorros de lana.

Al regresar a mi casa después de los días de visita, muchas veces no tenía hambre, me tumbaba en la cama y me dejaba llevar por un sueño pesado que hoy identifico como mi intento por cortar tajantemente con lo que había visto, escuchado, sentido, olido, saboreado. Y así, cada semana se repetía lo que se había vuelto una suerte de ritual. Ir, estar, venir, dormir para tratar de olvidar.

En octubre de 2014 dejé Perú, me despedí de la cárcel y de sus habitantes más queridas. “Nos volveremos a ver afuera”, me dijo una de ellas. Y así fue, una mañana de mayo de 2017, mientras estaba de visita en la ciudad, nos encontramos frente al mar de Lima (Fotografía 3).

Antes de mudarme de Lima, en la terraza de algún café, mientras compartía con un amigo muy querido cuáles eran mis planes de investigación para México, éste me dijo

FOTOGRAFÍA 3
Reencuentro en el malecón



Fuente: archivo personal.

“Pero Chloé, ¿por qué sigues con estos temas si estás cansada y si hay tantos más por investigar?”. Han pasado años durante los cuales he compartido reflexiones sobre ello con amigas, también en la academia, y cada charla me hizo presentir unas pistas de respuesta a esa pregunta que quedó entonces medio en el aire, aunque quizás no logre formularlas claramente aún. Volveré sobre ello en conclusiones.

SEGUNDO INTENTO

Apenas un año después de dejar Lima, en agosto de 2015, me encontraba fuera de la Penitenciaría del Distrito Federal,⁴ esperando a un funcionario de la Subsecretaría del Sistema Penitenciario para ingresar con él a este reclusorio. Desde hacía unos meses, me había dado cuenta que, a pesar de que habían pasado muchos años desde mi primer ingreso a una cárcel, y por más que había adquirido cierta experiencia, sentía mucha pesadez; ya no quería entrar a reclusorios, estaba muy cansada, agotada. Volver a entrar a la cárcel no era mi plan, había querido cerrar mi ciclo de relación directa con la cárcel, buscando trabajar con personas que habían salido de la misma. Mi falta de redes de contacto en México en ese momento me llevó a volver.

La noche anterior a mi primer viaje a la Penitenciaría, se me cerró el estómago, el estrés subía lento pero seguro. Ocho años después de mi primer ingreso, casi día por día, me percaté de que sentía lo mismo. Se mezclaban la excitación de iniciar un nuevo trabajo de campo y un malestar físico generalizado difícil de describir.

Una vez adentro, igual que en Lima, me sentía relajada, llevaba a cabo talleres, entrevistas; había risas, charlas, pero también hubo algunas tensiones derivadas de trabajar con hombres, todos supuestamente homosexuales. En ese entonces impartía un taller de escritura vivencial dirigido a población *gay* y *trans**. Mi duda sobre la orientación sexual de uno de ellos se confirmó durante un episodio curioso: un día, en pleno taller, se me “declaró” frente a todo el grupo, leyendo lo que supuestamente era el producto de su tarea y creando una atmósfera de incomodidad para todas las personas presentes. Corté sus pretensiones, básicamente indicándole que yo no estaba ahí para esto. Aparte, otro interno me dijo abiertamente algún día que no era *gay*, pero que había dicho que sí porque quería tomar este taller. Siguió y resultó ser el más aplicado del grupo.

En paralelo, las tensiones que sentía no fueron solamente de manera ocasional dentro del grupo, sino de manera permanente por entrar a un reclusorio varonil. Como mujer, extranjera y blanca, era objeto de miradas sospechosas de parte del personal de control en la entrada y de otras morbosas cuando cruzaba los espacios comunes para llegar a donde trabajaba. Nunca temí por mi seguridad, pero nunca tampoco me sentí cómoda ahí, como lo estaba en un femenil. Por más que tratase de borrar cualquier huella de feminidad en mí, usando ropa ancha, calzado unisex, cuidando de no usar accesorios como aretes, anillos o pulseras, ni maquillaje de ningún tipo, mi performance sólo evidenciaba la vanidad de mis intentos de borramiento de feminidad. Además,

⁴También conocida como la Penitenciaría Varonil Santa Martha o “la Peni”.

tenía que revestir ropa que no fuera azul ni negra, para distinguirme tanto del personal penitenciario como de la población interna, lo cual me resultaba un tanto complicado pues en mi ropero no predomina exactamente la ropa colorida...

Estuve trabajando en este reclusorio tres días a la semana durante cinco meses en 2015, buscando conocer las trayectorias de vida de las mujeres trans* que se encontraban en prisión; posteriormente, en 2016, con el objetivo de trabajar con estas mismas mujeres sobre corporalidad y violencia de género, ingresé a este mismo recinto tres días a la semana durante dos meses. Desde entonces no he vuelto a pisar la cárcel. ¿Por ello cerré con ella? Pues tampoco...

TERCER INTENTO

En 2018 empecé un trabajo con mujeres trans* liberadas de algún reclusorio de la Ciudad de México. Durante aproximadamente siete meses, conversé largamente con varias personas que habían vivido el encierro carcelario, hasta que se desató en mí una suerte de crisis. Trato de poner palabras sobre estas sensaciones: cuando entraba a las cárceles, sabía que las personas a las que iba a ver, tristemente, iban a estar ahí: no había más contratiempos que los debidos a los controles de seguridad, que podían demorar un poco más o un poco menos. Sí hubo un par de desencuentros, cuando una mujer en Lima había sido enviada a aislamiento por traficar droga, y en México cuando un hombre no asistió a mi taller por haber sido enviado al servicio de desintoxicación. En ningún caso dejaron de acudir a nuestro encuentro planeado por voluntad propia, sino por un castigo institucionalizado. Ahora bien, en 2018, todas estábamos en “la calle” y los tiempos habían variado en comparación con los que yo conocía.

Cuando empecé a trabajar fuera de la cárcel con ex internxs, el tiempo empezó a extenderse. “El tiempo es parte de nuestra experiencia cotidiana en formas y sentido que se nos aparecen como ‘naturales’, pero que son profundamente culturales”, dice Vargas (2007:42). Así, la noción de tiempo está “siempre ligad[a] a contextos específicos” (Vargas, 2007:42). Un domingo, me quedé en la calle esperando a la mujer con la que había quedado de conversar; era una colonia popular relativamente poco segura y esperé durante una hora. Ella finalmente llegó y conversamos un momento, me compartió algunas cosas de su vida en una suerte de monólogo relativamente breve, después de lo cual tuvo que irse. Sentí algo de frustración. Otro día, una tarde en la que me quedaban pocas fuerzas después de un día ajetreado, acudí al lugar en el que había quedado de verme con María. Me llamó y me pidió que le diera alcance en un restaurante cercano donde quería invitarme a comer junto con dos personas más de su entorno cercano y que yo ya conocía. Ya había comido, pero fui a juntarme con

lxs tres para compartir un momento con ellxs, pensando en que muy probablemente iba a tener que reagendar la conversación en privado. Después de un episodio de discriminación en el baño de dicho restaurante, caminamos en busca de otro lugar, compartimos comida y finalmente sí nos quedamos a solas las dos. Para ese momento, luchaba contra mi cansancio físico y finalmente conversamos más de una hora. Otra vez, avisé a María con tres días de anticipación que tenía un evento en otro lugar y que no iba a poder conversar con ella el día en que habíamos quedado. Pero María sí llegó ese día, entre una multitud me encontró, muy naturalmente, y me dijo que después del evento íbamos a buscar un lugar para estar las dos. Yo ya tenía otro compromiso después del evento. Compartimos unas dos horas juntas y junto con otras personas, y luego nos separamos, pero me sentí mal porque sabía que ella tenía un largo camino hasta su casa y sí esperaba platicar a solas conmigo. Dos veces más, María no pudo acudir al lugar y a la hora fijada. La primera vez, no pudo comunicarse conmigo y la segunda me lo hizo saber unos minutos antes por teléfono por medio de su pareja. Y es que María no tenía celular.

Nuestra relación al tiempo se ha modificado profundamente con las nuevas tecnologías. Éstas permiten acortar distancias, conectarnos simultáneamente entre dos lugares muy lejanos en términos geográficos, con menores costos económicos, pero estas mismas herramientas también han modificado nuestra relación al tiempo en el sentido de la rentabilidad y el ahorro. Ahorrar tiempo, no perder tiempo, rentabilizar el tiempo, se volvieron máximas de un sistema social, económico y político que busca orillarnos a la productividad y la rentabilidad. Y los tiempos de la academia confluyen en este sentido. Calendarizar, rendir cuentas, ser productiva, han pasado a formar parte de nuestras actividades científicas de tal manera que, estando dentro del sistema de conocimiento institucionalizado, difícilmente tenemos manera de esquivar estas imposiciones. Lxs académicxs tenemos que ser rentables porque somos parte de una estructura que reclama esta rentabilidad a gritos. No importan las demás estructuras, sólo parece importar la estructura dominante. Así, el sistema de poder-saber (Foucault, 2002) disciplina también nuestras temporalidades y pareciera existir una sola temporalidad válida. Sin embargo, “el tiempo universal no existe [...] el tiempo lineal es un artefacto histórico-cultural que se ha universalizado” (Vargas, 2007:53). En este sentido, el tiempo constituye una institución social que busca regular nuestras corporalidades, un instrumento de poder al servicio de las prácticas de subordinación, control y disciplinamientos.

¿Cómo vivir entonces mi propia temporalidad frente a las temporalidades, tan distintas, de otras personas, sabiendo que “otras personas [...] habitan en [mi] propio tiempo” (Vargas, 2007:61), que existen tiempos múltiples que están íntimamente vinculados con los contextos, pero también con las estructuras o con la ausencia de

éstas? Es imprescindible respetar los tiempos de las personas con las que trabajamos y, sobre todo, en el caso de las personas que estuvieron recluidas en una cárcel, reconocer que sus estructuras temporales pueden llegar a ser radicalmente distintas a las nuestras (lo cual vale también, por ejemplo, para el trabajo con personas que viven en la calle). No imponer nuestros calendarios y las exigencias vinculadas a ellos implica retos, supone reconocer las estructuras de poder vinculadas con el tiempo. Por ejemplo, María no está acostumbrada a que alguien la espere. “Si a esas personas nadie nunca las ha esperado en su vida, Chloé, ¿cómo van a pensar que tú sí las esperas?”, me dijo un compañero que conoce muy bien la población y el ámbito carcelario, un día en que le compartía mi impaciencia, con algo de desesperación. Claro, un encuentro planeado no implica las mismas referencias para mí que para ellas. Yo espero compartires regulares, espero avanzar en los intercambios, en mi investigación, mientras que ellas... ¿Qué esperan? Esta pregunta podría dar pie a otras reflexiones, en otro momento.

CUARTO INTENTO

Unas semanas después de decidir cerrar esa etapa de trabajo, empecé a redactar unas líneas que imaginaba como parte de un proyecto de libro. Escribir, sintetizar hallazgos de cinco años de trabajo en México a partir de un libro me parecía un proyecto que me permitiría realizar, al menos simbólicamente, un cierre con la cárcel. Me demoré casi año y medio antes de lograr retomar esas primeras notas. Entre tanto, nos confinó la pandemia causada por la covid-19 y logré concluir la redacción de mi libro (Constant, en curso), el cual, aunque no haya cerrado con la cárcel, sí me permitió cerrar con un ciclo.

El confinamiento al que nos obligó la pandemia cortó de tajo con un nuevo proyecto de investigación que inicié en noviembre de 2019. Había empezado a interesarme por el estudio de las emociones, seguía con el interés de realizar investigaciones vinculadas con personas precarizadas por su identidad de género y/o su orientación sexual, y poco a poco me adentré a lecturas sobre vejez. Un compañero chileno que se interesa mucho por las problemáticas vinculadas a la vejez me había preguntado una vez qué pasaba con las viejas trans*, y apenas supe qué contestarle. La idea hizo su camino, encontré un lugar llamado “Vida Alegre”, un espacio asociativo donde personas adultas mayores LGBT+ comparten comida, café, recuerdos y actividades tecnológicas o espirituales. Fui algunas veces, como observadora participante, tomaba café, escuchaba y a veces platicaba, empecé a conocer algunas caras, que también empezaron a reconocermé. Me enfermé gravemente, tuve que dejar de ir durante poco más de un mes y luego... nos encerraron. Qué ironía, digo hoy. Había encontrado un lugar donde me sentía cómoda, que no me quedaba tan lejos como me quedaba la cárcel, que estaba ubicado

en un barrio bastante tranquilo y de acceso fácil; no tenía que disfrazarme de tal o cual color, esconder las marcas de mi feminidad; nadie controlaba mi identidad y podía ir casi siempre que quisiera, es decir, dentro de los cinco días semanales en los que la asociación abría sus puertas. ¿Era demasiado bonito para que durara? Prefiero pensar que esta historia quedó en suspenso.

Y así volví, de alguna manera, a la cárcel. En septiembre de 2020, pedí autorización para ingresar nuevamente a la Penitenciaría y ésta me fue negada por obvias razones. Quería trabajar con los hombres de este reclusorio, internos y trabajadores, sobre su masculinidad, conocer sus prácticas y representaciones en torno al cuerpo y a la sexualidad, y entender cómo percibían a las internas trans* y cómo se relacionaban con ellas a diario. Ante la negativa de las autoridades, contacté a un conocido que ejerce como psicólogo en otro reclusorio. Me concedió una entrevista y me pasó algunos contactos de colegas suyos. El efecto bola de nieve funcionó, aunque de manera muy parcial. Realizar entrevistas por teléfono resultó ser sumamente frustrante. ¿Cómo replicar mis técnicas de establecimiento de *rapport* y de generación de confianza, con personas que solamente escuchan mi voz y no tienen de otra que creer que soy quien digo que soy, sobre todo cuando se abordan temas delicados como la sexualidad o la corrupción? Pues no puedo replicarlas, y me siento desubicada. Tantos años de entrar a los reclusorios, abordar temas íntimos, difíciles, a veces dolorosos... ello sólo ha sido posible porque nos veíamos las caras. Podría sonar capacitista, dirían algunos, pero así es como lo percibo ahora. Si mis interlocutorxs no me ven la cara, no confían en mí y, por lo tanto, las entrevistas quedan superficiales, insípidas. Agradecía que existiera el teléfono y lo maldecía a la vez.

Volví a buscar a un par de hombres que habían estado presos y que ya conocía, y pude hablar de manera más extensa e íntima con ellos, por más que fuera por teléfono. Sin duda, el hecho de que me conocieran de antemano jugaba a mi favor. Me sentí más animada aun cuando pude volver a contactar a otro hombre que había sido recluido en la Ciudad de México y que había conocido por medio de una asociación civil. Nuevamente el efecto bola de nieve funcionó, él me puso en contacto con varios compañeros suyos, y desde entonces hablo con ellos, procurando reproducir un método que se aparente más a las charlas informales que a las entrevistas formales. No siempre es fácil cuando es por teléfono, lo es un poco más cuando es por Zoom. Quizás sea, efectivamente, porque como me dijo uno de ellos: “Al menos por Zoom te veo y sé que me prestas atención, porque por teléfono podrías estar haciendo cualquier otra cosa mientras yo hablo”. Yo diría que, al menos, puedo llevar a cabo mi investigación, aun con las limitantes del momento.

¿AQUÍ CIERRO?

En catorce años, han sido varios intentos de cierre y, les consta, ninguno fue concluyente; pero cuando escucho los compartires que tenemos en algunos eventos académicos, cuando recuerdo los intercambios de experiencias alrededor de la cárcel que se han dado y se dan en algunos otros espacios, ahora sé que no estoy sola y creo que aún me queda bastante por hacer. Entonces ¿por qué habré querido cerrar con la cárcel tantas veces?

Evidentemente imaginaba que mis ingresos a las cárceles afectarían mi imaginario, pero no pensé que afectarían mi sueño, mi apetito y, por momentos, mi salud mental. Por eso traté de cerrar, para dejar de angustiarme cada día previo al ingreso a los reclusorios, para que se vayan difuminando las imágenes, los olores, los recuerdos de los controles, de las violencias y de las penas ajenas. Pero cada trabajo de campo me dejaba preguntas en suspenso y, hasta la fecha, las cárceles y sus habitantes me brindan inquietudes por resolver, temas por explorar y, paradójicamente, el impulso de seguir investigando en y con ellxs. Al fin y al cabo, en la academia cada quien se desempeña en un ámbito temático y por ello quizás nunca cerraré del todo con la cárcel.

Más allá de lo que algunxs podrían leer como una catarsis, con este texto mi propósito era compartir parte de mi trayectoria de investigadora en cárceles. Quise dejar evidencia de que el trabajo de campo nos afecta de mil maneras inesperadas, que la etnografía es un proceso en el que involucramos nuestras corporalidades, comprendiendo nuestro cuerpo físico, social, psicológico y emocional. La ciencia como nos la quisieron enseñar no es toda la ciencia, no es nuestra ciencia feminista. Nuestras técnicas de investigación necesitan flexibilidad; nuestro quehacer se puede compartir de varias formas y en distintos espacios; siempre surgen nuevas preguntas y algunas tardan en encontrar respuestas —quizás algunas nunca encuentren respuesta. Los retos de la etnografía carcelaria son variados, dependen de lxs sujetxs con lxs que nos cruzamos, de nuestras propias historias y configuraciones culturales, sociales y subjetivas; de autorizaciones institucionales e individuales; de temporalidades y poderes generizados y racializados. Retos que reflejan, finalmente, nuestra propia complejidad y la de nuestro entorno.

REFERENCIAS

- Blanco, Mercedes (2012). “¿Autobiografía o autoetnografía?”, *Desacatos*, núm. 38, enero-abril [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2012000100012].
- Constant, Chloé (2011). *Solidarité et inégalités. Le centre de détention de femmes Santa Mónica à Lima*. París: IHEAL-CREDAL.

- (2013). “Trajectoires et dynamiques carcérales au féminin. Le cas de Lima”. Tesis doctoral en sociología. París: Université Paris III-Sorbonne Nouvelle.
- (2018a). “La materialización del poder hacia corporalidades trans* en un reclusorio varonil: análisis de la violencia sexual y de la violencia lingüística”, en C. Perrée e I. Diéguez (coord.), *Cuerpos memorables*. México: CEMCA, pp. 53-67.
- (2018b). “El cuerpo y la cárcel. Notas autoetnográficas”, ponencia presentada en el III Encuentro Investigadores del Cuerpo Transdisciplina, Teoría y Métodos, CDMX, 23 de agosto.
- (2022). “Mujeres trans*: ¿qué vida después de la cárcel? Crítica al principio de reinserción social”, *Perfiles Latinoamericanos*, 30(59) [<https://perfilesla.flasco.edu.mx/index.php/perfilesla/article/view/1375/1296>].
- (en curso). *Ponerme zapatillas, volar y huir. Experiencias de mujeres trans* en torno a la prisión y la violencia*. México: Flasco.
- Denzin, Norman K. (2013). “Autoetnografía analítica o nuevo déjà vu”, *Astrolabio*, núm. 11, pp. 207-220 [<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/6310>].
- Ellis, Carolyn (2004). *The ethnographic I: A methodological novel about teaching and doing autoethnography*. Walnut Creek: AltaMira.
- Foucault, Michel (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Harding Sandra (2002). “¿Existe un método feminista?”, en E. Bartra (ed.), *Debates en torno a una metodología feminista*. México: PUEG-UNAM, pp. 9-34.
- Martínez-Zalce, Graciela y Will Straw et al. (eds.) (2011). *Aprehendiendo al delincuente, Crimen y medios en América del Norte*. México: UNAM/McGill University.
- Neumann, Mark (1996). “Collecting ourselves at the end of the century”, en C. Ellis y A. Bochner (eds.), *Composing ethnography: Alternative forms of qualitative writing*. Walnut Creek: AltaMira, pp. 172-198.
- Vargas Cervantes, Susana (2019). *The Little Old Lady Killer: The Sensationalized Crimes of Mexico's First Female Serial Killer*. Nueva York: New York University Press.
- Vargas Cetina, Gabriela (2007). “Tiempo y poder: la antropología del tiempo”, *Nueva antropología*, 20(67), pp. 41-64 [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362007000100003].
- Villani, Michela y Francesca Pogliani Miletta et al. (2014). “Les émotions au travail (scientifique): enjeux éthiques et stratégies méthodologiques d’une enquête en terrain intime”, *Genre, sexualité & société*, núm. 12 [<http://gss.revues.org/33333>].



TÉRE PÁPRIKA (2020) | *Intimidades mujeres*

Ilustración por Bibadash